

caballo, apenas domado, seguía las veredas del bosque de X., cuando turbaron el sosiego de aquellos apacibles sitios gran ruido y estrépito. Era una sangrienta lucha entre dos venados.

Alborotóse el caballo, y á despecho de la serenidad del Conde, que era consumado jinete, el bruto, ciego y fuera de sí, enardecido por la carrera, y sin sentir la

presión de la rienda, abandonó la senda, y saltando por zanjas y vallados dió con el cuerpo del jinete en tierra en el borde de un precipicio, despeñándose el caballo, que quedó allí sin vida.

El Conde sufrió graves contusiones, de las que sanó un mes después, maldiciendo las querellas amorosas de los venados.



CAPITULO III

LOS CELOS ENTRE LOS CIERVOS

I



El amor engendra los celos, y en el seno de los bosques y florestas se desarrollan dramas de fúnebre desenlace.

Creo que para los

cazadores tendrá vivo interés la siguiente aventura

por dos conceptos distintos: uno por demostrar cuán dura es la vida de un ciervo entrado en celo, y otro porque confirma que los venados en tiempo de la brama atacan á sus congéneres enfermos y cornean á los que han muerto. Por esto tiene hoy fácil explicación la circunstancia de que todos los ciervos celosos que han sido heridos de bala en las extremidades, quedando cojos, en lugar de tenderse se retiran lejos del monte

que tiene bramaderos, porque tienen conciencia de que no se hallan en estado de resistir los ataques de sus contrarios; y cuando no tienen ya viento ni oyen el bramido de otros ciervos, ó bien se meten en el agua ó se tienden en una espesura. (1)

Siendo regla entre cazadores que cuando se haya herido un venado en una pata se le debe soltar inmediatamente un perro de rastro de sangre de muchos pies, con tanta más razón deberá hacerse con los venados en celo que han quedado cojos al tiro, por las razones expuestas más arriba.

Los ciervos en celados combaten y cornean, no sólo á otros ciervos enfermos ó heridos, sino también á aquellos que han expirado. He tenido ocasión de observar repetidas veces en reses que, gravemente heridas en la tarde anterior, han debido morir pronto, pero que no se han podido buscar por echarse la noche encima, quedando tendidas en el monte. Estas reses se han hallado á la mañana siguiente en un estado verdaderamente lastimoso, llenas de puntazos, y estropeada la piel con las pezuñas de las manos de otros venados.

Una vez he tenido la suerte de presenciar cómo un venado en celado combatía á otro, herido en estado tal,

(1) *Ilustración Venatoria.*

que tenía la muerte muy próxima; y voy á referir los detalles de esta escena.

Era en época en que vivía en el monte; y deseando un amigo mío matar un venado, vino á visitarme durante la brama desde el punto en que se hallaba de guarnición.

Hallábanse los venados en lo mejor de la brama, y el monte era de lo más selecto que se conocía por su abundancia en reses; así que no era difícil satisfacer el deseo de mi amigo.

En el distrito en que yo prestaba mis servicios había un valle, denominado *San Juan*, de una superficie de unas 100 hectáreas, con un arroyo que le surcaba en toda su longitud, con numerosos bañiles, y tan abundante en hierbas, que es imposible formarse idea de un picadero de mejores condiciones.

Allí se reunían piaras enteras de reses cervunas de toda la comarca; pero era muy difícil poderlas rechar, porque el arbolado que rodeaba el picadero era claro en demasía. Consistía éste en fresnos corpulentos, tan distantes unos de los otros que era imposible entrar á tirar; pero en cambio se podía, por esta circunstancia, observar perfectamente toda la extensión del picadero desde las orillas del robledar. Para poder tirar había hecho unos puestos en los cambios más usados; puestos que estaban perfectamente á cubierto, y que se podía ir muy bien de uno á otro por unas sendas que hice abrir el año precedente.

Los ciervos estaban en lo más fuerte de la brama, como ya queda dicho. Dentro del picadero se veían dos con sus hembras correspondientes; pero por el ruido que se oía en las avenidas del mismo se podía deducir que el número de los concurrentes sería bastante crecido. Antes del crepúsculo habían acudido ya veinte buenos venados con sus piaras de ciervas, alguna de las cuales contava veinte hembras.

Era un continuo bullir, bramar, luchar y cargar los venados á las ciervas; un espectáculo del que no es posible formarse idea, aun llamando en su auxilio toda la fuerza de la fantasía, si no se ha presenciado alguna vez.

El venado que estaba más cerca de mi punto de observación era un buen animal, acompañado tan sólo de una cierva con su cervatillo: tenía diez candiles en su robusta cornamenta y estaba muy gordo. Yo había visto otros días á este mismo ciervo, siempre con una sola cierva con su rastra en el mismo cambio; por lo tanto, no era aventurado suponer que á la mañana siguiente cambiaría por el mismo cuando se retirase á su cama.

Me retiré con todo el sigilo posible, para que no me percibiesen, hacia un hato, á donde me había citado con mi amigo, que en compañía de mi ordenanza recorría el monte por ver si se podía poner á tiro de alguna res.

Antes de llegar al hato salió á mi encuentro mi amigo con semblante satisfecho, y lleno de emoción me refirió que había visto y oído muchas reses, pero sin poder conseguir ponerse á tiro; pero que á la mañana siguiente estaba seguro de matar un venado. Á lo que yo le repuse:—Amigo mío: mañana temprano matará V., con toda seguridad, uno que he dejado atado esta tarde.

Después de una cena frugal nos pusimos á descansar para esperar el amanecer.

Antes de lucir la aurora salimos del hato en dirección al picadero para situar á mi amigo en el puesto elegido, y yo, en tanto, observar lo que sucedía entre los ciervos. Provisto de un buen anteojo de campaña que llevo siempre á esta clase de expediciones, dirigí mi vista al fondo del valle, descubriendo una gran actividad en las reses. Allí se corría en diversos sentidos: las ciervas perseguidas por sus adoradores; los machos luchando unos, bramando otros. Aquello era un *mare magnum* que me presentaban á la vista la intensidad de las lentes de mis anteojos á través de la incierta luz del naciente día.

Á medida que éste avanzaba, el número de reses disminuía, retirándose con la claridad hacia las manchas de monte que les servían de resguardo durante las horas del día.

Ya era completamente claro y sólo quedaban unos cuantos rezagados, entre los que estaba el venado que había visto la tarde anterior, acompañado de la sola cierva con su cría. Llegó el momento en que decidí efectuar la retirada, tomando el cambio que había seguido para ir hasta allí. Á los pocos minutos sonó una detonación procedente del arma de mi amigo. Acudí al puesto que éste ocupaba, y le hallé buscando el rastro en el sitio del tiro: No se veía pelo, ni esquirlas, ni verdín, ni sangre alguna. Recelando que mi amigo hubiese errado la res, le pregunté cómo había tirado, á lo que me contestó que jamás lo había hecho en mejores condiciones que entonces, y que tenía la evidencia de que el ciervo debía ir herido.

Por fortuna llevaba mi buen perro conmigo, y le puse sobre la pista, que el animal tomó sin dificultad. Habríamos andado unos doscientos pasos cuando aparecieron las primeras gotas de sangre, que quedaron interrumpidas otro buen trecho para aparecer de nuevo.



Una víctima de la época de brama

Por fin, después de tres cuartos de hora de seguir la pista, dimos con el venado tendido, con la cabeza apoyada en un tronco de roble, pero en una situación que no esperábamos. Otro ciervo de doce puntas le estaba maltratando con sus cuernos. Le tenía ensartado por el cuello, y se retiraba hacia atrás para em-



El ciervo en mayo

bestirle de nuevo, cuando le disparé, introduciéndole la bala en el corazón. Un gran salto y una caída á plomo junto al cuerpo de su víctima fué lo único que hizo después de mi disparo.

El venado de diez puntas no había aún espirado, pero le faltaban ya alientos. Un tiro á la cabeza que le dió mi amigo terminó sus padecimientos.»

II

Son también curiosos los siguientes datos, que tomamos de la *Ilustración Venatoria*:

«Las relaciones sociales entre los ciervos son bastante íntimas durante todo el año, exceptuando los venados capitales, que viven solos hasta que llega la época del celo, en la que se unen á las hembras.

Generalmente se reúnen en agrupaciones de seis á veinte individuos, y viven pacíficamente, hasta que llega la segunda mitad de setiembre en unos países, ú

octubre en otros, en que, siguiendo antiguas tradiciones, concurren á los picaderos ó parajes destinados á la brama, llamados también *bramaderos*, en número más considerable. Éstos distan con frecuencia veinte y hasta treinta leguas de los puntos de residencia ordinaria de algunos grupos, que tienen que atravesar grandes campiñas y ríos navegables para concurrir á ellos.

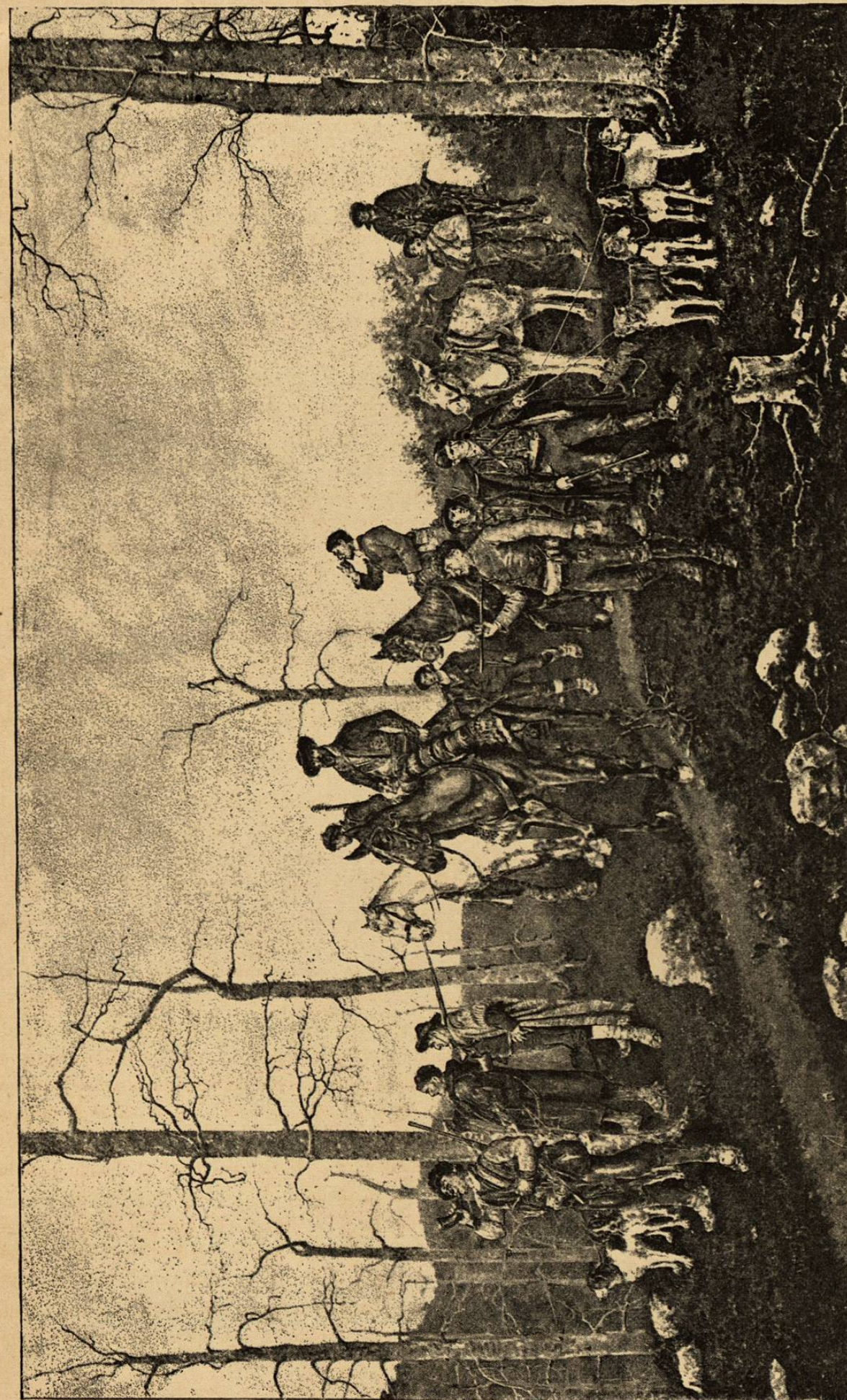
En todos los países existen bramaderos generales, en los que se acumulan las reses cervunas de toda una gran comarca. Así, por ejemplo, en Alemania existen dos, entre otros varios, que han llegado á adquirir gran celebridad. Uno está situado en la comarca de Brandenburgo, cerca de Eberswalde, en el monte denominado *Schorfheide*, en cuyo paraje se reúnen las reses de las provincias de Brandenburgo, Hannover y de una parte de la Pomerania, en número que no baja de 3 á 4,000, desde principio de setiembre, y ocupan una superficie de poco más de tres leguas cuadradas. El otro se encuentra en Silesia, en los bosques del Príncipe de Pless.

Lo mismo acontece en Francia, en España y demás países: las reses concurren á esos lugares tradicionales para el acto de la procreación, en mayor ó menor número, según las condiciones de los montes y la extensión del cultivo agrario.

Se conocen varios bramaderos generales en España, á los que, si bien no concurre un número tan extraordinario de reses como en otros países, no obstante, llegan á reunirse algunos cientos en el período de la brama, como acontece en los montes intermedios de Saceruela y la Puebla de D. Rodrigo, en los montes de Sierra de las Tiñosas, en término de Mestanza, en los montes del Condado de Moya, y otros que sería prolijo enumerar.

Tan luego como se han reunido en estos bramaderos, se dividen en grupos de seis á treinta hembras, á cuyo frente se pone un macho de los llamados *buen venado*, ó *ciervo capital*, el cual desde luego se declara señor despótico de su harem y no tolera la presencia de ningún otro individuo de su sexo, dando principio por demostrar á los ciervos nuevos, con algunas lecciones de la *lex fortior*, que ejerce actos de dominio. Éstos, que no se dejan repetir el aviso, se mantienen á una respetable distancia del paraje en que el venado viejo ha plantado sus reales.

Al subdividirse las reses en agrupaciones menores, algunos venados viejos se quedan sin hembras, con cuyo motivo se declaran aventureros, y como tales salen en busca de aventuras, disputando á los mantenedores la posesión de las ciervas en que ejercen domi-



PARTIDA DE CAZA, CUADRO DE ESTÉBAN BLASCO